



SAN FRANCISCO JAVIER. APÓSTOL DE LAS INDIAS Y DEL JAPÓN BAPTIZANDO A LOS INFIELES Y A LOS GENTILES.

Tal es el asunto de una pintura que M. Chasseriau acaba de hacer para la iglesia de San Roque de Paris. San Francisco Javier, el ardiente misionero de las Indias, se halla en medio de un grupo traído por sus palabras; en él se hace notar una figura pintoresca de buen carácter, una mujer que levanta en los brazos á su hijo para atravesar sobre él la bendición del predicador; todas las demás están dibujadas correctamente y con la mayor naturalidad. Este cuadro ha llamado con razon la atención de los inteligentes, y ha valido á M. Chasseriau nuevos elogios sobre los que ya habia merecido por sus anteriores obras.

MI VIAJE A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

III.

Desde noviembre de 1842 hasta abril de 1843.

A los nueve días de navegación, sin ocurrir suceso alguno que digno sea de particular mención, llegué á la isla de Jamáica, continuando á poco á Cuba, con deliberado intento de proseguir rápidamente hasta España; pero «el hombre propone y Dios dispone»: mi estancia en Santiago se prolongó por cinco meses.

Se me habrá de disimular el que aquí vuelva yo á tocar el capítulo de los terremotos y temblores de tierra; y el orden de los sucesos, que es el que sigo en mi narración, lo exige así.

Sobre mediados de febrero (1843) recordarán muchos que los periódicos americanos venían llenos de los horribos detalles del terremoto de las islas de Santo Domingo y la Guadalupe, de cuyas consecuencias experimentaron grandes temblores en todas las demás antillas: las principales ascienden al número de veintiocho, siendo, como es sabido, las mayores y más célebres, Jamáica, Santo Domingo y Cuba, donde en la actualidad me encontraba, y hubo nuevamente de experimentar las sensaciones que llevo descritas en el temblor de Guayaquil.

La Guadalupe es una antilla francesa que se divide en tierra alta y baja; parecia natural que el terremoto hubiese hecho en esta última sus estragos: fué al revés: á esta la salvó, según se cree, un volcán que se formó en 1798, mientras que la Pointe-á-Pitre (tierra alta) la tragó el mar con mas de mil almas!

En la isla de Santo Domingo (república de negros, donde gobierna el emperador Soulouque) la ciudad de Haití fué arrasada; ocurriendo esta catástrofe durante el día, los fogones de las cocinas ocasionaron un general incendio, viniendo á completar este cuadro de desolacion muchos soldados negros que dieron en querer despejar y matar á los habitantes blancos que residían entre ellos, y si no me engaño, recuerdo haber leído en uno de los periódicos de entonces, que acometida un caballero inglés, que á nado sobre una tabla pugnaba por alcanzar un buque de su nación anclado en el puerto, vió degollar á dos hijas suyas sin que pudiese salvarlas. Algunos buques, arrancados con sus áncoras, fueron arrojados fuera del mar, dentro del pueblo, y otros á pique, y dos mil cadáveres fueron ballados en los escabrosos de Haití. ¡Día de llanto fué aquel y de tribulaciones!

Al mes de esta catástrofe regresé yo de nuevo á Kingston; de aquí me dirigí á Puerto-Rico, y en una pequeña escala que dejamos en el cabo Haití, salté á tierra y por mis propios ojos vi aquella nerópolis, que me causó una singular impresion de horror! Aun entonces todavía dormían más de 1,000 negros todas las noches al aire libre y en la playa, orillas del mar.

Cuando llegué á San Juan de Puerto-Rico hallé medio desierta la ciudad; muchísimas familias emigraban, unas al campo, otras fuera de la isla, porque por espacio de tres semanas habian estado viendo con frecuencia esas señales y ruidos subterráneos que preceden á los temblores, pero sin efectuarse sacudimiento alguno, lo cual asustaba aun mas si se quiere, temiendo de esas subterráneas revoluciones quizá algunas erupciones volcánicas, hasta en medio de la misma población; sus habitantes estaban en su mayor parte poseídos de pánico terror!

Cuando abandoné aquel suelo en los primeros días de abril, esos siniestros augurios habian cesado, y las familias iban regresando de su emigración.

El *Druguay*, bergantín mercante, se daba á la vela para Cádiz: tomé pasaje en él, junto con otros sesenta pasajeros de ambos sexos, personas en la generalidad de buena sociedad. Simpatizó especialmente con el señor E... persona distinguida, de buen trato, y de una instrucción poco común.

Cierto filósofo preguntaba en ocasión de ir embarcado, ¿qué grueso seían las tablas del buque?—Tres dedos, le contestaron, y él repuso:—Pues á tres dedos estamos de la muerte!

Esta consideracion, y la de verse un pequeño número de personas, siquiera fuesen antes desconocidas, segregadas durante la navegación de otro trato humano, hace que los pasajeros, en casos análogos, á los pocos días se consideren como pertenecientes á una sola familia, ¿qué digo? á las pocas horas.

Una navegación algo larga viene á ser para el pasajero (no para el marino) una verdadera *de su vida*; ¿para tambien, como el marino,

se conaturaliza con las cuatro tablas del buque de quien habla, cual si fuese un ser animado. Cuando el violento embate de las embravecidas olas hace erogar lastimeramente su arboladura, exclamó con el marino: como se queja el pobral y pretenden animarlo con los epítetos de valeroso, valero y otros.

Siendo esto así, y que los pasajeros se consideran á poco casi hermanos, no hay que estrañar que me uniese yo pronto con una amistad estrecha hácia un sujeto á quien jamás habia antes conocido.

Con el señor E... tuve pues durante mi navegación á Cádiz (donde llegué sobre el 10 de mayo) frecuentes y largas conversaciones concernientes á un problema histórico que siempre me preocupó desde que pasé á ultramar.

IV.

Conclusion.—Mayo, 1843.

¿Cómo y por dónde pasaron á los vastísimos países de América sus primeros pobladores?

Cien veces me hice á mi mismo esta pregunta. Mi amigo y yo, en su consecuencia, nos propusimos examinar las várias opiniones de los autores que trataron de deshacer ese nudo, partiendo al que envió Dalm á Alejandro Magno.

Segun la Escritura, y es dogma de fé de nuestra religion, Adán y Eva fueron padres universales del linaje humano; luego es imposible negar de que los primeros pobladores de la América hayan salido de este nuestro continente.

Hace 500 años, las Américas no se conocian aun; y cuando en 1492 los descubrió Cristóbal Colón, las halló pobladas de gentes y de animales feroces. Resumamos.

1.^o No se sabe que haya existido nunca comunicacion por tierra entre nuestra continente y la América.

2.^o De animales no se salvaron del diluvio universal mas que los porcos que entraron en el arca con Noé.

3.^o No se conocen las Américas sino hace 562 años.

4.^o Los primeros pobladores del mundo fueron Adán y Eva.

Pregunto qué vez ¿cómo se explica la poblacion de las Américas?

Los herjes ó pre-adamitas, secta así llamada porque adoran que Dios creó otros hombres en el mundo antes que formase á Adán, dicen:

Al esto dia de la creacion creó Dios al hombre, varon y hembra, esto es (como ellos lo entienden), muchos varones y hembras, repartidos en las várias regiones del orbe, del mismo modo que no produjo una planta sola, sino muchas de cada especie en varios parajes de la tierra.

5.^o Mucho después creó Dios á Adán y Eva; y que estos no son tales progenitores de todos los hombres y solo sí del pueblo Judáico, razon por la cual Moisés solo habló de Adán y Eva como primeros padres, porque escribía la historia del pueblo Judáico y no la del mundo.

Los apoyes de tan *impío* sistema se toman de algunos pasajes de la Escritura *perversamente* interpretados.

No nos debendramos á impugnar sus doctrinas ni las de otros por el estilo ya pulverizadas, y pasaremos á examinar otro sistema: el que sin herir de ningún modo los sagrados dogmas de nuestra fé católica, puede dejar satisfechos á los mas descontentadizos: es como sigue:

En el trascurso de tantos siglos como hemos atravesado, no hay que dudar, la disposicion exterior del orbe terrestre es hoy bastante diferente de la que fué en otro tiempo. Asentada está verdad, es fácil concebir que aunque hoy los dos continentes estan divididos, en los tiempos antiquísimos pudieron estar unidos ó comunicarse por tierra: por consiguiente, que por aquella parte donde habia dicha comunicacion pasasen los hombres y los brutos á la América.

Ninguna repugnancia ó inconveniente puede haber en suponer que en el sitio donde se creyó estar el estrecho de ANIAN, ó en otro alguno de los mas septentrionales de Asia ó de Europa, hubiese un istmo que sirviese como de puente para transitar de un continente á otro, y al cual después los continuos embates del Océano fuesen rompiendo poco á poco hasta abrirle del todo y hacer pedrigo lo que antes era tierra firme. Ni aun era menester ese embate continuo del mar por espacio de tantos siglos, porque un terremoto en poco momento podria hacer todo ese estrago.

Plinio, Strabon, Séneca y otros autores dan repetidos testimonios de que varios terremotos, dividiendo ó precipitando en anchísimas cavernas grandes espacios de tierra, diéron lugar á que las cubriese el Océano.

Asi fueron sumergidas con sus territorios las dos ciudades de Pyrrha y Antusa, cuyas ruinas cubre hoy la laguna Meotis, y las de Elice y Bura, en el seno de Corinto. Asi tambien robó el mar más de 30,000 pasos á la isla de Cea (hoy Zif).—Recuerdo haber leído, no sé donde, que constaba por relacion de antiguos escritores que estuvo

un tiempo unida la Sicilia á Italia; y la Eubaea (hoy Negropontá) á la Boecia; la isla de Chypre á la Syria; la Leucosia al promontorio de las Sirenas. Ora sea que estos cataclismos los produjeran los terremotos ó el mar en grandes tempestades, es igual; de todos modos la misma causa que rompió aquellas tierras para dar paso al mar entre ellas, pudo, siendo mas continuada ó mas vehemente, romper la union que hubiese entre nuestro continente y la América, ensalzando en lugar de la tierra que los enlazaba, ó un estrecho de mar, ó un anchuroso pléyago.

Para mayor prueba de las grandes inmutaciones que pueden producir los terremotos en la superficie del globo terráqueo, recordamos el ocurrido en Canadá (año 1635) que arruinó mas de 400 leguas de país; chocáronse entre sí las montañas, y algunas enteramente arrancadas de su base, fueron precipitadas en el gran río de San Lorenzo. Otras fueron sepultadas en los senos de la tierra abierta debajo de ellas.—Una cadena de rocas que ocupaba mas de 100 leguas, se hundió, dejando en su lugar una dilatada planicie. Desde aquel terremoto hay en aquella region rios y lagos en sitios donde antes habia montes inaccesibles (1).

Por lo que hace á la decantada Atlántida, no merece la pena de impugnarla siquiera; pero aun dado de bueno que no fuese fabulosa la isla Atlántida, no bastaría su existencia para resolver la dificultad, porque segun la relación de los que creyeron que existía, dicen que entre la dicha Atlántida y el continente mediaban otras islas (quieren que sean las de Barlovento), en cuyo caso los hombres bien hubiesen podido pasar al continente americano, pero no los brutos; y si bien los hombres hubiesen trasportado animales domésticos, no cabo en cabeza de nadie que tuvieran el pésimo gusto de trasportar bestias feroces, y miles de animales nocivos que pueblan aquellos bosques.

Tierra y agua, desde que el mundo es mundo, fueron dos contendientes en continua guerra, alternando represalias y usurpaciones uno sobre otro.

En un tiempo y país robó el mar algun espacio á la tierra; en otro país y tiempo recobró la tierra su pérdida, robando algun espacio al mar.

La producción de nuevas islas en diferentes lugares y épocas es un hecho incontrastable. En 1707 se formó una nueva isla de bastante estension en el Archipiélago, cerca de la de Santorin, y lo que es muy de admirar, en un sitio donde el mar era profundísimo.

Tampoco cabe duda que en muchos siglos el mar se ha retirado á bastante distancia de muchas playas. Rávena, por ejemplo, fué un tiempo puerto de mar, el principal que tenían los romanos sobre el Adriático; hoy dista tres millas del mar, y todo el espacio intermedio es muy fértil. (Rávena dista 53 leguas de Roma, y allí está enterrado el Dante.)

No quiero dejar de observar, porque tambien hace al caso, que sin necesidad de terremotos, ni olas, ni trascurso de siglos, se ha no-

tado levantarse el suelo en una parte y hundirse en otra. En el año 1714 por el mes de junio cayó súbitamente la parte occidental de la montaña de Blavert, en los Alpes, y resultó formarse en aquel sitio lagos muy profundos; como no se descubrió vestigio alguno de hielos, ni de azufre, ni cal coada, opocieron que no hubo terremoto; así parece que la montaña cayó por haber saqueada en su base.

Otro ejemplo: en una Gaceta de Madrid se refirió que á mediados de junio del año 1755, en la provincia de Auvergne, entre Clermont y Aurillac, se oplanó una gran montaña que ocupaba dos leguas de terreno.

De todos estos antecedentes se desprende como consecuencia necesaria, que es ocioso buscar en los anales el rumbo por donde los primeros pobladores de la América pasaron á aquellas regiones. Estaba la superficie del globo diferentísima entonces que ahora, y el paso de los animales feroces prueba que habia paso por tierra, aunque ahora no se halla.

Hé aquí pues, si no deshecho, al menos cortada del mejor modo posible esa vana gordiana; con lo que doy fin á mi narracion, suplicando á mis lectores me disculpen la digresion, algo árida si se quiere, en cambio de lo que pueda tener de curiosa.

PEÑO DE PRAOQ Y TORRES.

JEROGLIFICO ROMANO DE LLERENA.

NOTICIA INÉDITA DEL SEÑOR JUAN ALONSO FRANCO, ANTIQUARIO DEL SIGLO XVI.

Se sabía que Juan Alonso Franco habia sido discípulo y colaborador de Ambrosio de Morales; mas sus obras no se conocian, cuando al venir yo en 1833 á la ciudad de Coria, vi un libro en folio, bastante abultado, manuscrito y compuesto todo de letra del referido Franco, excepto algunas cartas escritas por Ambrosio de Morales, Martin Perez de Oliva, el Dr. Sepúlveda, el flamenco Joaquin Hoper, y Gaspar de Castro, beneficiado de Ledesma y gran anticuario. El dueño de este libro, que antes de saber por mí lo que era no hacia caso de él, después no quiso vendérmelo, cambiármelo, dármelo, enviármelo á mi costa á la Academia de la Historia, ni nada mas que permitirme sacar una copia, que conservo de su mayor y mejor parte, que es la que trata de las antigüedades romano-hispanas. En este libro pues se contiene la memoria siguiente de un jeroglífico romano hallado cerca de Llerena, cuya noticia creo inédita: al menos no la he visto en ningún libro. Por supuesto que fuera de la carta de Gaspar de Castro, que es de letra de este, lo demás todo está de puño de Franco: dice la memoria así:

«En Santa Maria del Ara, dos leguas de Llerena, en una piedra grande, que tiene tres varas de largo, dos de ancho y mas de una de alto, estan estas figuras y debajo el letrero.



Lo que acá se entiende de las figuras ó jeroglíficos y letras, es esto: los ojos (á los Dioses); el infierno, manibus (manos): el uso, mors (la muerte); el candil, vitae (de la vida): las saetas, contraria et velocissima (contraria y velocísima); el mundo, omnia (todo): el áncora, rapit (la arrebatada): el fuego, consumit (consume); el cuchillo, dissolvit (disuelve); la suela, suppeditat (huelta); la abeja, meliflve (con suavi-

dad): duos se strictim ardentes et amantes (á dos que estrechamente se abrazaban y amaban); el sepulcro, hic extinctos (aquí muertos): el yugo, conjuxit (los juntó).

Muy noble señor: Todavía tengo sospecha de que es enjudo aquel epíteto de Santa Maria del Ara, y no careceré de ella hasta que me conste de lo contrario, y si verdad es que se halla tal memoria antigua, debe ser tenida por la cosa de mas estima que en esta provincia ha quedado de los romanos. La letra que v. m. me embió, con-

forma mas con las figuras ó letras hieroglíficas del epítafio que no la que yo hebe de Cáceres, y con esta diversidad, y con haberla enviado el Sr. Inquisidor sin hacer mención de las figuras, me confirmo mas en mi sospecha, de la cual pretendo salir pronto, mediante Dios. La epístola de Vespasiano, y el letreiro del término augustial embió, y si antes de la partida de v. m. nos viéremos, yo llevaré algunas otras cosas. De la ida del Sr. Antonio de Molina á Osmá no tengo embidia.... Ladesma 7 de abril de 1551.—Servidor de v. m.—Gaspar de Castro.—Al muy noble señor mi señor el Br. Juan Alonso Franco en Salamanca.v

Hasta aquí la memoria referida, á que nada tengo que añadir, y que juzgo preciosa para los aficionados á jeroglíficos y á las antigüedades. F. L. G.

SANTA GADEA DE BUREBA,

antes Término.

Esta villa pertenece á la provincia de Burgos, partido de Miranda de Ebro: se halla situada en la márgen meridional del mismo río, al Oriente de la ciudad de Frias, Sudeste de la villa de Puentelarrá, Poniente de la de Miranda, y Sur de Pancorbo.

Con el nombre de Término fué plaza de armas en los siglos medios, y sus gobernadores confirmaban los diplomas, espresando el gobierno y señorío honorario que ejercían.

D. Lope Diaz de Haro, el quinto, señor de Vizcaya y de Santa Gadea, dió á esta villa el fuero de Logroño, que, como es sabido, era de los mas privilegiados.

Por escritura de la declaracion y confirmacion de los de Nave de Albura y de repoblacion de Miranda de Ebro en 1099, consta que Santa Gadea era pueblo capital de aquel territorio antes que se repoblase la citada villa de Miranda.

Vulgarmente se designa y conoce á la de que tratamos por Santa Gadea del Cid, y no ha dejado de suponerse que la repobló así bien aquel caudillo, honra y proz de la España y admiracion de todas las naciones; pero esto es un error erasísimo en demasía, porque la Santa Gadea de que nos hablan el Arzobispo D. Rodrigo en su historia, y en la general que mandó recopilar el rey D. Alonso el X, es una parroquia de Burgos, donde el Cid se atrevió á tomar juramento, no en el cerrojo de su puerta, como refieren algunos, sino en el altar mayor, poniendo las manos sobre los Evangelios, á D. Alonso el VI, de que no habia sido causa de la muerte del rey D. Sancho, ni de que por su mandado se ejecutó la traicion de Bellido Dolfos.

Los fuertes muros de Santa Gadea ya caen han desaparecido, y lo único que existe en pie, pero sin techumbre y lleno de portillos y de ruinas, es su renombrado Castillo, el cual, con otras posesiones, incluso el derecho de cobrar un portazgo, acaba de vender por menos de mil duros su dueño, que es uno de nuestros grandes de primera clase.

¡En qué poca estima suelen tener algunos magnates las cosas que mas deleitaban y enorgullecian á sus ilustres ascendientes!

Dentro de poco el pico y la pólvora robarán al tiempo el triste privilegio de acabar con la fortaleza de Santa Gadea, y entonces las labradas piedras de la misma irán á formar parte de algunas malas casas y corrales de ganado, como está sucediendo con los sillares de las murallas.

Por las afueras de la villa pasa la carretera de Burgos á Bilbao, y no hay la menor duda de que adquirirá grandísima importancia Santa Gadea, si anhelado día en que se lleve á efecto la construccion del ferro-carril del Norte.

Revisió SALOMON.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL.

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(Continuacion.)

Cristina entró con su doncella. Se sentia indispuesta, y se queria acostar.

La doncella la ayudó á desnudarse, manteniendo una conversacion indiferente sobre trajes y modas, que por último llevó á los personajes del baile, y dijo á su señora:

—El que estaba muy galán era D. Santiago.

—¿Quién? ¿Ese caricatura que nos fastidia, haciéndonos oír sus versos?

—Que son muy lindos.

—No entiendo de eso; pero mas me agrada bailar que oírle, y me obliga á oírle en vez de dejarme bailar.

—¿Y no ha comprendido V. á quién los dirige?

—No.

—Pues no hay una dama que no lo diga; y cuando las lee todas con envidia señalan á V.

—¡A mí! ¡bueno estaria! Quisiera que fuera verdad, para reír un rato á su costa.

—Pues es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha dado una carta para V.

—¿Y la has tomado?

—Héla aquí. ¿No quiere V. leerla?

—No...

—¿Ni por diversion?

—No me vuelvas á hablar de eso. Quiero olvidarlo, para poder seguir apreciándole en algo.

La doncella no insistió mas, y concluida su tarea salió de la habitación.

Cristina acabó de desnudarse, y se acostó, tomando en el lecho una postura voluptuosa que realizaba sus grácias; hasta en sueños era coqueta.

Martin devoraba sus encantos, palpitando de amor y de deseo. Aquella mujer era el simbolo de la felicidad para él. En todas partes se le presentaba bella, voluptuosa, provocativa, pero nunca suya, y estaba condenado al deseo eterno é interminable agitacion de Tántalo delante del agua y las manzanas.

No faltará algun lector escrupuloso, algun hipócrita de amor, cuya práctica sea el reverso de su teoría, ó algun alma cándida que solo conozca el mundo por las novelas, que al llegar aquí pregunté con dolor: ¿Y Margarita? Como no faltará alguna hermosa lectora, que tome pie de mi narracion para culpar á todos los hombres, simbolizados para ella en Martin, de falsos é inconstantes. Yo siento todo el peso de estas censuras, y me arrepiento de todo corazón de haber tomado por protagonista de mi drama á un personaje tan poco parecido á los Werter y á los Saint Preux; pero yo no invento; retrato; y puesto que no he formado el corazón humano, no debe de culparme por sus imperfecciones. Mi héroe es hombre, obra como hombre, y yo me lavo las manos como Pilatos.

Pero esto no obsta para que haga una observacion á mis lectores. El amor es la encarnacion del deseo genérico en una persona á quien se profesa amistad; de consiguiente, así como se pueden tener varios amigos íntimos, por cada uno de los cuales se daría la vida, se pueden tener varios amores á la vez ó sucesivamente. Sobre todo, se puede tener un solo amor verdadero y varias pasiones distintas, que no son sino accesos del sentimiento físico, exacerbaciones de los sentidos, que ellos adorman con la aureola de su poesia.

Martin amaba á Margarita, pero estaba apasionado de Cristina, y muchas de mis lectoras si recorren la historia de su corazón recordarán sucesos de su vida, que las harán comprensible este estado del corazón de mi héroe. Amando á un hombre le faltan por otro que les hace delirar durante un día con su amor, que pasa como un relámpago sin dejar huella detrás de sí, y cuando se ven libres de su fascinacion vuelven á amar al que amaban, preguntándose con asombro: ¿Qué ha pasado por mí? La respuesta es fácil, una pasion.

Martin iba á salir de su escondite, pensando en los medios que emplearía para que Cristina no gritase al verle, cuando la puerta se abrió y apareció en ella D. Fernando, radiante de alegría, y diciendo:

—Cristina, Cristina, ya puedes respirar; nos hemos salvado; nuestro secreto duerme en la tumba.

Cristina al ver á su padre hizo un movimiento; se apoyó sobre el brazo derecho, recogiendo la ropa de la cama con la mano izquierda sobre su seno de nieve, y en esta postura, que la hubiese envidiado Venus en el juicio de Paris, preguntó con su voz de melodia:

—¿Qué sucede?

—D. Manuel de Arellano ha muerto, dijo D. Fernando, sentándose al lado de la cama.

—Lo esperaba, dijo tranquilamente Cristina; poseia un secreto mio, por el cual he maldito mil veces su existencia, y mis maldiciones no son nunca vanas ni estériles.

Martin atribuyó estas palabras á una vana supersticion; pero un velo de sangre cubrió sus ojos al oír á D. Fernando preguntar:

—¿Y has estado bien de borrar las huellas de tu venganza?

Y á Cristina responder:

—Yo no hago nunca las cosas á medias; hiero como el rayo, que nadie sabe de dónde ha salido.

La confesion de aquel crimen hecha con tanto cinismo por aquella boca de ángel, y con aquella voz dulcísima, helaba la sangre en las venas.

—¿Qué papel es ese? preguntó Cristina viendo el legajo que envolvía D. Fernando.

—Es, respondió este, la historia con que ese hombre nos amenazaba, y que solo hemos podido impedir que publicase pagando las deudas que contraía diariamente.

—La historia de nuestro secreto. Léela.

—¿Para qué?

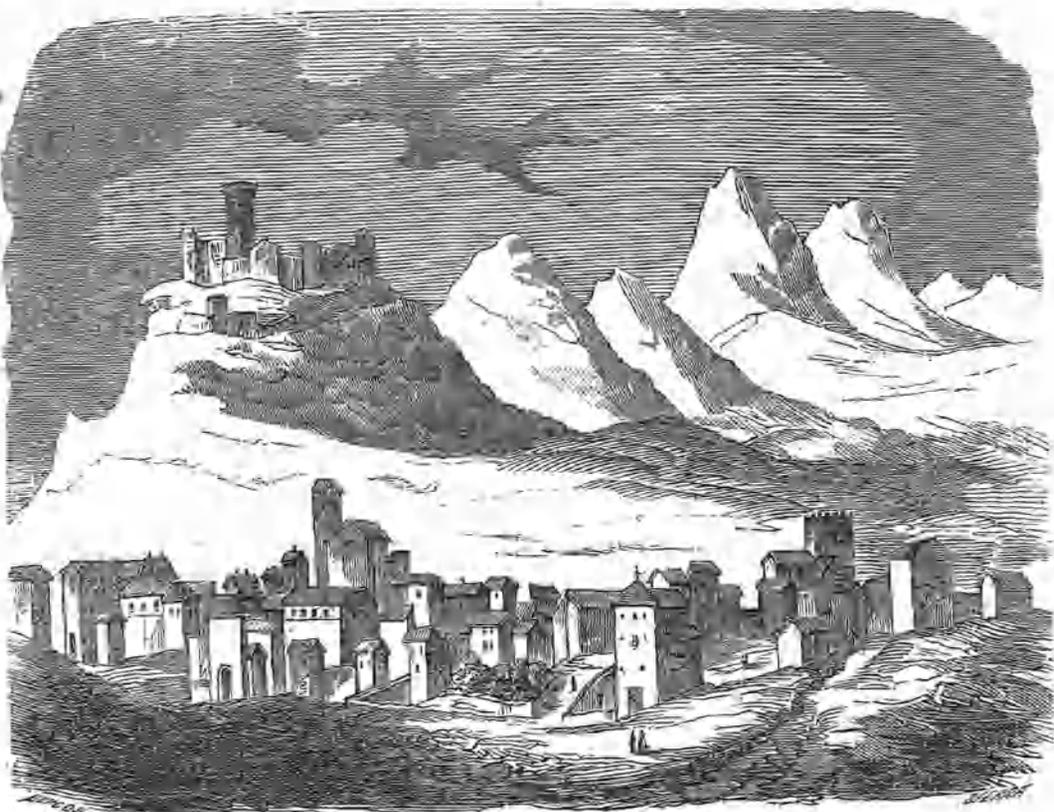
—Quiero ver hasta qué punto estaba informado.

D. Fernando leyó. Cristina escuchaba sin interrumpir. Martín sudaba.

«Por los años de 18... vivían en Galicia dos jóvenes, que habiéndose casado á disgusto de sus familias se veían reducidos á la mas espantosa miseria. Una noche llamó á su puerta un caballero, que les entregó una niña y una gruesa suma, diciéndoles que la criarán como hija suya, y que de año en año recibirán otra suma igual. El joven matrimonio vió el cielo abierto con este inesperado socorro; se ausentó por algun tiempo del pueblo, y volvió con la niña confiada á su cuidado, presentándola como fruto de su amor.

Por espacio de dos años todo fué bien, y el día 17 de mayo don Fernando, que así se llamaba el marido, recibía por uno á otro medio la cantidad estipulada; pero al tercer plazo la cantidad faltó, y en diez y seis años nadie volvió á presentarse á entregarla ni á preguntar por la niña, á quien habían puesto Cristina en la pila bautismal. En este tiempo también la niña murió, y D. Fernando no pensaba ya en su desconocido, cuando recibió una carta en que esta le anunciaba su próxima vuelta, diciéndole que alejado de España y falto de dinero por todo aquel tiempo, no había podido atender á Cristina; pero que volvía rico, y le recompensaría largamente por su educación. El desconocido sin embargo no vino, pues fué asaltado en el camino por una cuadrilla de malhechores, que le asesinaron, y Don Fernando, dos días después, recibió su testamento, por el cual aparecía Cristina como su heredera universal.

La herencia ascendía á dos millones, y D. Fernando, deseoso de obtenerla, buscó á una joven llamada Magdalena, que abandonada por un amante se había entregado á la prostitucion, hizo con ella un contrato, la bautizó con el nombre de Cristina, y se presentó



(Santa Gadea de Bureba.)

á recibir la herencia. Como D. Fernando había vivido en la oscuridad, nadie conocía su historia, y se creyó de buena fé que la supuesta Cristina era la joven espósa confiada á su cuidado. Además de que el desconocido no había dejado en España herederos forzosos que pleiteasen. La superchería pasó desapercibida.

Desde entonces D. Fernando mudó de vida. Vino á la corte, cuyos usos conocía bien, pues era de buena familia, así como su esposa, y presentó como hija suya á la supuesta Cristina, que cualquiera creería una santa, y nadie advertiría al verla que por allí había pasado la prostitucion de las calles públicas.

D. Fernando acabó de leer.

—A esta carta acompañan, dijo, varios documentos justificativos que D. Manuel me ha dirigido, encerrados bajo un sobre desde Cádiz, donde ha muerto.

Cristina consultó los documentos, y dijo después de un instante:

—¿Cómo habría sabido esa historia D. Manuel?

—Es muy sencillo, respondió D. Fernando; te conocí, le entraste en curiosidad, y con la paciencia del hombre desocupado, alentado por la esperanza de mejorar su suerte, ha indagado los pormenores. Ahora quitemos de en medio las pruebas comprometidas.

Y acercándose á la luz fué quemando uno por uno los papeles.

—Ya estás libre, decía, mientras la llama consumía el último, y te podrás casar cuando quieras, pues una de las condiciones que nos ha-

bia impuesto D. Manuel al comprometerse á guardar silencio fué que permanecieses soltera, quizá con la esperanza de casarse contigo algun día.

—Esa libertad me interesa poco, respondió Cristina, pues no pienso casarme.

—¿Por qué?

—Soy rica y bastante hermosa para causar envidia, y no quiero renunciar á mis triunfos por el matrimonio, que no puede darme ningún placer.

Los papeles al quemarse habían llenado de humo la habitación.

—Abre esa ventana, dijo Cristina á D. Fernando, que salga el humo. La ventana que señalaba Cristina estaba colocada detrás del lecho y oculta por las colgaduras.

D. Fernando fué á obedecer; pero al levantar el pabellón descubrió á Martín.

Cristina lanzó al verle un grito de espanto, y D. Fernando le asió del brazo exclamando:

—¡Hola! ¿quién es V.?, ¿qué busca?

—Déjeme V., exclamó Martín, déjeme V. salir...

—Posee V. mi secreto, prosiguió D. Fernando reconociéndole; no dejaré á V. salir de aquí sin que me juré guardar silencio.

—Jamás.

—Entonces...

D. Fernando se acercó á una mesa y sacó un par de pistolas.

—¿Qué va V. á hacer? preguntó Martín.

—Voy á atrr la lengua de V.

—Va V. á cometer un asesinato!

—Nadie me culpárá. Soy el padre que encuentra un hombre en la alcoba de su hija, que ve que este hombre la quiere violar...

—Se atrevera V. á decir eso...

—Y nadie se atrevera á dudarlo. Ó jura V. guardar silencio... pero no; un juramento no es mas que una palabra. Ó escribe V. una carta en que me diga poco mas ó menos lo siguiente: «No hable V. una palabra de lo que ha sabido, ó calumniaré á V. si es necesario. Mancharé su reputacion, la de su hija y la de su esposa. Por lo que ha sabido V. de mí puede conocer que no me detiene respeto alguno.» Ó escribe V. esta carta, repito, ó le salto la tapa de los sesos.

—Es decir que V. quiere...

—Una carta que me sirva de fianza del silencio de V.

—Jamás.

D. Fernando alzó la pistola á la altura de los ojos de Martín.

Este se hallaba en un estado en que le haria un favor el que le asesinase: habia sufrido demasiados golpes aquella noche, y necesitaba el reposo; pero aun cuando nada de esto hubiera sucedido, su orgullo le hubiera impedido ceder. Se adelantó hácia D. Fernando, y asió la pistola antes que este, que no esperaba tal acometida, la disparase.

Lucharon ambos durante algun tiempo; D. Fernando cayó debajo de Martín; pero en la caída halló libre la pistola, y procuró en vano aprovecharse de ella, pues el piston habia caido durante la lucha. Martín se alzó rápido como un relámpago, y cogiendo la otra pistola que sobre la mesa quedaba, se dirigió á la puerta.

—Aun nos veremos, señor mio, dijo D. Fernando levantándose. Esto terminará en un duelo.

—¿Un duelo con V. I respondió Martín, es imposible; yo no me bato sino con mis iguales. Y salió cerrando la puerta.

—Es verdad, dijo D. Fernando, tú no eres igual á mí; eres un pobre desconocido, cuya clase ignora todo el mundo, mientras yo... pero no escaparás así... Y quiso salir.

Cristina, durante esta escena, habia estado pálida é inmóvil como una estatua arrebujada en la ropa y recogida en un rincon del lecho. No sabia aun soportar el escándalo. Al ver salir á su padre le dijo:

—¿Adónde vas?

—A llamar gente para que cojan á ese hombre.

—No, no, dijo Cristina saltando de la cama, eso nos perderia.

—¿Tienes otro medio?...

—Sí.

—¿Cuál es?

—Ya le sabrás; sal y llama á Dolores.

D. Fernando obedeció, y Cristina se puso á escribir rápidamente.

Cuando entró la doncella, la encontró cubierta con un peinador y cerrando una carta con lácre.

—¿Tienes aun la carta de D. Santiaguito? la preguntó.

—Sí señora, respondió la doncella.

—Dámela.

Dolores, gozosa porque el buen éxito de su comision la presagiaba futuras ganancias, presentó la carta, que Cristina leyó con avidez.

—Es lo que esperaba, dijo terminado la lectura.

Luego dió á Dolores la carta que acababa de escribir, diciéndola:

—Lleva al momento este papel á D. Santiaguito.

La doncella salió saltando de alegría; acababa de vencer el escollo en que se estrella el porvenir de una doncella de labor impulsada por el interés. En cuanto á la carta, solo contenia estas breves palabras:

«El amor que V. me pide es imposible mientras viva D. Martín de Aranda: al que haga desaparecer este obstáculo, nada le podré negar.

»CRISTINA.»

(Continuará.)

LAS SIETE CANCIONES

DEL MES DE MAYO.

BALADA.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores.

tras de tus inueñas
el corazon arrastras
de las doncellas.

Y teñida de púrpura
la casta frente,
tañendo el dulce crótalo
de ritmo ardiente,
con voz pulida
te cantan en el prado
la bien venida.

I.

Cancion de las doncellas.

¡Ya llega! ¡ya llega! lo anuncia la brisa,
lo anuncia al Oriente
la nube ayer negra, mas hoy somrosada;
la brisa es tan solo su dulce sonrisa;
la nube es sus ojos de ardiente mirada,
que el alma presente,
que bebe estasiada.
Vendrán las mañanas de plácido gozó;
á orillas del río
vendrán las meriendas, los dulces festejos,
y luego brindando galan alborozo
las noches de estío,
las noches de luna que duermen los viejos.

Vendrán las serenatas,
y las fogatas,
y las danzas pulidas
sobre el musgo del prado tejidas.

Y las romerías
del señor San Juan
tambien vendrán, tambien vendrán.

Para nuestros cabellos
tendremos flores,
que ellos con ellas están mas bellos,
y ellas no saben vivir sin ellos,
como la niña sin sus amores.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡con qué divinas
canciones te reciben
las golondrinas!

II.

Cancion de las golondrinas.

¡Chis! ¡chis! nosotras venimos
de donde mayo reposa:
¡chis! ¡chis! nosotras le vimos
tender sus alas
cual mariposa
para cruzar
el aire y el cielo, la tierra y el mar.

Detrás de nosotras vino,
mas que nunca gozoso y divino;
y como viene dicha anunciando
nos envia delante cantando.

Aves hermanas de arrullo tierno,
que habeis vivido
todo el invierno
sin amor, sin placeres, sin nido;
soltad el reclamo
de vuestros gorjeos,
que ya en la enramada oiréis un otoño
al casto murmullo de mil aleteos.
Empezad á arrancaros las plumas
que al hermoso polluelo dormido

den lecho blando
en la copa del árbol erguido;
le veréis por las brisas mecido,
como entre espumas
el barco se mece subiendo y bajando.

Los insectos voladores
que al rayo del sol
con sus alas de colores
cascadas figen de tornasol,
ya zumban todo el día
en rededor de los árboles
que el mayo en hojas adorna rico:
Dios que los cria
harto bien sabe
que los envía
para el pico amoroso del ave
que á sus hijos los lleva en el pico.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡ con qué sublimes
canciones te saludan
las almas tristes !

III.

Cancion de los tristes.

Cuando del triste corazón la calma
siquiera alumbre de la dicha un rayo,
¿ á quién lo debe agradecer el alma ?
al mes de mayo.

Si, que es triste pasar horas tras horas
esclavos del dolor ojos y mente,
y en el cielo ver nubes tronadoras,
y nubes en el alma juntamente.

Ver del cierzo los árboles heridos
sembrar por tierra su esplendor deshecho,
y de la dicha ver los carcomidos
restos sembrar el lastimoso pecho.

Cuando en el prado las marchitas hojas
al hollarlas el pié, voz da á su duelo,
gimen dentro del alma las congojas
como gimen las hojas en el suelo.

Si son los tristes en la tierra hermanos,
cuando tu manto de dolor te vistes,
naturaleza plácida, ¿ qué manos
enjugarán el llanto de los tristes ?

¡ Oh! sí, ven, mayo, ven con tus sonrisas
del cielo, del ambiente, de las flores;
ven con tus brisas, con tus frescas brisas
que aduermen y aletargan los dolores.

El arco iris que te finge el alma
para tu triunfo en la celeste altura,
présago sea de inefable calma,
ya que no puede serlo de ventura.

Y ya que el triste sin descanso llora,
no acibare natura sus dolores;
que solo llora perlas el aurora,
y néctar solo el cáliz de las flores.

Si: ya, alma mía, que en letal desmayo
llores, llora á tus solas, alma mía,
y al soplo dulce del risueño mayo
cielo, pájaros, flores... todo ría.

Divino mes de mayo,

mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
aun por los suelos
te saludan cantando
los arroyuelos.

IV.

Cancion de los arroyos.

Murmuremos, murmuremos,
acompañando gozosos
los cánticos amorosos
que vuelan del viento en pos.
Que conviertan nuestras voces
este campo solitario
en sublime santuario
donde todo habla de Dios.

Nuestras ondas azuladas
que roban color al cielo,
de perlas borden el suelo
en su estática embriaguez.

Pronto volverán deshechas
á nuestro seno querido,
cual ave que vuelve al nido
donde pasó su niñez.

Y á su plácida frescura
el musgo verde aromoso
en ímpetu lujurioso
á la orilla brotará;
y en la noche reposada
la luciérnaga brillante
con su fulgor vacilante
nuestro curso alumbiará.

Cuando el sol á su fatiga
quede en ocaso rendido,
será nuestro manso ruido
un reclamó tentador,
que reuna á los zagales
con las zagalas sencillas...
de noche en nuestras orillas
es mas amor el amor.

Y cuando ría en Oriente
á los verjeles la aurora,
nuestra música sonora
por encanto callará.

Será el único silencio
que guarde nuestra alegría,
que el silencio y la poesía
están donde el alba está.

Y cuando zumbe la abeja
en la férvida mañana,
y nuestras ondas de grana
empiece á teñir el sol,
den á la doncella espejo,
y si de altiva presume,
á sus cabellos perfume,
y á su mejilla arrebol.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
á tu vislumbre
se disipan cantando
las pardas nubes.

V.

Cancion de las nubes.

Como del panal arrojan
las abejas á los zánganos,
— así nos echa del cielo
el mes de mayo.

Como el amor á una niña
roba el color sonrosado,
—así la color nos roba
el mes de mayo.

Como el huracan se lleva
el follaje de los campos,
—así nos llevan las brisas
del mes de mayo.

Viene mayo con sus flores;
viene con sus brisas mayo;
el cielo azul nos olvida...
—¡vámonos! ¡vámonos!

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores,
¡cuántos cantares
tu venida celebran
en las ciudades!

VI.

Cancion de las ciudades.

Como crisálidas bellas
que engendra el sol con su rayo,
ya galanes y doncellas
mi cielo pueblan de estrellas
al tibio soplo de mayo.

Y en el morisco balcon,
hoy ya cuajado de flores,
se asoman en confusion,
como bandada de amores
que asaltan á un corazon.

El pájaro su garganta
ensaya al tender el vuelo
que hasta las nubes levanta,
porque el que en mayo no canta
no tiene perdon del cielo.

Rápida como la abeja
que acude á libar la flor,
la niña su casa deja;
que mayo amar le aconseja,
y el alma le pide amor.

Bajo el cutis trasparente
van saltadoras sus venas
ardiendo,—que es mayo ardiente,—
como el cristal de una fuente
entre abrasadas arenas.

Y apenas asienta el pié,
tal que se ve y no se ve;
y su cintura cimbrea,
como una palmera que
del campo se enseñoera.

Y su pupila velada,
y su boca sonrosada,
exhala un blando murmullo,
como el del tierno capullo
que brota á la madrugada.

La seda de los vestidos,
la gasa de los prendidos,
los pintorescos encajes,
redes son de los sentidos
y de los ojos celajes.

¡Pues y las damas sin par
que en carrozas á porfía
del viento fingen brotar.

como Venus brotó un día
de las espumas del mar!

—Así en el Zocodover (1),
y en el Prado (2) y en el Cósco (3),
y en la Vega (4), son de ver
tanta galana mujer,
y tanto galán brioso.

Pero donde está Cristina (5)
y está la plaza de Mina (6),
se nubla del sol el rayo,
que es otro mayo aquel mayo
de aquella tierra divina.

Allí la luz es mejor,
y mas ardientes las brisas,
y mas hermosa la flor,
y el cielo todo sonrisas,
y la mujer toda amor.

Divino mes de mayo,
mes de las flores,
que coronado vienes
de resplandores.
Los que atesoran
la fé en sus corazones,
¡cómo te adoran!

Cancion de los creyentes.

Yo te adoro, Señor: cuando la cumbre
baña el rayo del sol de primavera,
alzo mis ojos á la azul esfera,
y allí otro rayo encuentro de tu lumbré.

¡Oh! solo tú, con sola una sonrisa,
su pompa vuelves al vergel desnudo,
y dó reinaba el huracan sañudo,
aroma pones y levantas brisa.

Obra digna de ti fué la que hiciste,
¡oh fuente de consuelo y de ternura!
tú redimes en mayo á la natura,
como en la cruz al hombre redimiste.

Por tí sacude el mundo su desmayo;
tú al cielo das tan plácida armonía;
si vela alguna nube el alma mía,
dale, Señor, también su mes de mayo.

VICENTE BARRANTES.

Solucion del problema fisionómico del número 19.

El número 1 es un señorito almirado, con la frente lisa, la risa siempre en los labios y el pelo perfumado, y que habla de continuo en el lenguaje de las flores; el número 2 es un charlatan, que lleva en el verdadero sentido de la palabra, muy levantada la nariz, paralela con la frente; la condecoracion que lleva es del emperador de China; el número 3 es un avaro que, á imitacion de tiburón, abre la boca para tragarse los grandes peces y los pequeños; el número 4 es un aficionado á la bebida, al que un poder influyente ha echado un ridiculo velo sobre su cara; el número 5 es un libertino, con su correspondiente calva, su conocido juego de ojos y sus indispensables patillas corridas; el número 6 es un hombre del cual únicamente podemos decir que la naturaleza ha sido una madrastra para con él al hacer la reparticion de las facultades intelectuales.

- (1) Paseo de Toledo.
(2) De Madrid.
(3) De Zaragoza.
(4) De Granada.
(5) De Sevilla.
(6) De Cádiz.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra